

Pues la merece mayor
El que es un ladrón de Iglesias.

Respuesta á un estudiante de edad de trece años, por el elogio que hizo del autor en el diario de 31 de Mayo.

Gracias, amigo estudiante,
Por un elogio que excede
A mi mérito y tu edad;
Estudia, adelanta y crece,
Hasta que, según empiezas,
A tanta perfección llegues,
Que hagas honor á tu patria,
Y nuestra esperanza lienes.
De mi elogio sólo digo
Que, como niño, no adviertes
Mis defectos, que verás
En edad más competente.
Crece más, vuelvo á decir,
Y cuando llegues á veinte,
Veremos si en elogiarme
Te mantienes en tus trece.

Habiendo leído el autor los elogios que ha merecido al *Censor mensual*, le suplica lo siguiente:

Señor Censor, yo os suplico
Que me dejéis de elogiar;
Porque, *justè vel injustè*,
Sin querer me acarreis
Mil enemigos poetas,
Que son dos millones más
Que si fueran de otra clase,
Y aún más me perjudicáis,
Porque viéndome elogiado
Me va entrando vanidad,
Que es el mayor enemigo
Que me podeis agregar;
Enemigo que á cualquiera,
En cualquiera facultad,
En lugar de hacer progresos,
Hace volver hácia atrás.

Oyendo pregonar por guindas garrafales las ordinarias y malas, dijo el autor á un amigo:

A las guindas ordinarias
Llama garrafales guindas,
Y de cuanto lleva, sólo
Es garrafal la mentira.

Habiéndole contado al autor que se había ahogado un hombre por haber apostado con otro á estar más tiempo debajo del agua, dijo:

A estar debajo del agua
Ganó el difunto la apuesta;
Pero también la ganó
A estar debajo de tierra.

Oyendo cantar á un clérigo el *Pater noster* muy desentonado, en una misa solemne, dijo á sus amigos, concluida:

Tan mal cantó el *Pater noster*,
Que nunca el coro entonado
Respondió con más razón:
Sed libera nos à malo.

Habiendo cantado del mismo modo el diácono el *ite missa est*, añadió:

Ite (dijo) *missa est*,
Pero con tan poca gracia,
Que todos se hubieran ido
Aunque no se lo mandára.

A un famoso tocador de flauta.
Toca con tanta emoción
Su delicado instrumento,
Que parece, en conclusión,
Que sopla su entendimiento,
Y suena su corazón.

A un mozo que por casarse con la hija de un herrador se puso al mismo oficio.

Sus ideas amorosas
Son de ser afortunado,
Y el pícaro amor le ha puesto
A los piés de los caballos.

A un mozo que ponderaba de bonita y pobre á una mujer.

Dices que la niña es
Bonita y necesitada,
Dos cosas que avivarán
Tu apetito y tu esperanza.

Habiéndole contado que un perro de un hortelano á nada tenía miedo sino á una cigüeña que había en la huerta, dijo:

Eso se puede creer,
Pues para el grande y el chico,
Mujer y con tanto pico,
Muy bien se debe temer.

Habiéndole preguntado al autor cuál sería la razón porque los mejores poetas contemporáneos suyos, como Ayala, Huerta, Iriarte, Moratin, Iglesias, Cadalso, Gonzalez y Forner, etc., habían muerto antes que él, y mucho más mozos, respondió:

Ellos han muerto y yo vivo;
De cuyos casos infiero
Que es fuerza ser mal poeta
Para vivir mucho tiempo.

Habiéndole contado que un chico llamado Miguel tenía mucho juicio, pero que el día que se dedicaba á enredar, era insufrible, dijo:

Miguel, aunque tiene juicio,
Alguna vez se desmanda;
Con juicio es un San Miguel,
Y sin juicio su peana.

Habiéndole enseñado un revocador el plan que tenía dispuesto para revocar una casa, lleno de mil defectos, dijo:

Nada me agrada el intento,
Por los defectos que ves,
Y así lo que importa es
Revocar tu pensamiento.

En elogio de José Delgado (Pepe Hillo), autor de la *Tauromaquia* (1).

Delgado la *Tauromaquia*
Escribió con tanto acierto,
Que á propósito parece
Que usó de pluma de acero,
Tinta de sangre de toro,
Tintero y cendal de cuerno.

Habiendo oído cantar á un músico muy viejo y ronco, cuyo apellido era *Fuente*, le dijo:

Esa voz intercadente,
Que no se deja entender,
Más tiene, á mi parecer,
De cascada que de fuente.

Al retrato de un vicioso.

A un vicioso retrató
Un pintor de poca maña,
Tan sin arte, tan sin reglas,
Y de tan horrible cara,
Que en vez de su cuerpo, hizo
El retrato de su alma.

Epitafio para don Manuel Alvarez de la Peña, insigne estatuario español y director de la Real Academia de San Fernando.

Aquí yace un escultor,
Que, por su grande destreza,

(1) Este famoso torero, á pesar de su destreza, murió desgraciadamente en las astas de un toro.

Le echarán ménos los hombres
Y le llorarán las piedras.

Para don Juan Pablo Forner, autor de varias y buenas poesías.

Su muerte fué muy temprana;
Pero al fin es cosa cierta
Que no morirá su fama
Tan presto como el poeta.

Habiendo visto el autor un cuadro de la Trinidad, original de Claudio, retocado y echado á perder por un mal pintor.

El Hijo por redimirnos
Padebió muerte afrentosa,
Y el pintor en este cuadro,
A porrazos de una brocha,
Se la hizo padecer
A todas las tres Personas.

Habiendo visto otro de la venida del Espíritu Santo, original de Carducho, cubierto de polvo y telarañas, y colocado en una sucia trastería, le dijo á un amigo:

No merece, amigo, estar
Una paloma tan pura
Y de tan grande hermosura,
En tan inmundo lugar;
Del cielo bajó propicia,
Por más que en el mundo hagan,
A desterrar la inmundicia
De nuestra humana malicia,
Y mira cómo le pagan.

Habiendo visto algunos excelentes retratos hechos por Goya:

La naturaleza excedes,
Y tu fama será eterna,
Si de envidia no la mata
La misma naturaleza.

Habiendo encontrado el autor á un joven que se estaba burlando de un hombre muy viejo, le dijo:

Tú merecías que Dios,
Por su providencia justa,
No te dejara llegar
A la edad de que te burlas.

A otro que se burlaba de un corcovado.

Yo hallo en tí mayor defecto;
Pues, si bien se considera,
Lo que á él le sobra de cuerpo
Te falta á tí de prudencia.

A otro que se reía de un hombre que llevaba la capa torcida, siendo él bisojo.

Tú te ríes de su capa
Porque la lleva torcida;
El bien puede enderezarla;
Mas yo creo que en tu vida
Tú podrás enderezar
Los ojos con que la miras.

A una mujer que iba vendiendo nueces en una cesta muy pequeña y dando muchas voces.

En la pequeña porción
De aquesta fruta que vendes,
Y con los gritos que das,
Nos haces ver claramente
Cuánto, sin duda, mayor
Es el ruido que las nueces.

Preguntando al autor á qué se parecía una mujer que iba vendiendo acerolas, dijo:

Esa que vende acerolas,
En hacer-olas, discurro
Que más se parece al mar
Que á otra cosa de este mundo.

A una bella estatua de san Pedro de Alcántara, ejecutada por el señor Vergaz, para colocarse en la capilla de la Cruz de la ciudad de Jerez de los Caballeros.

En original y copia
Dos gracias veo brillantes;
En el Santo la de Dios,
Y en la estatua la del arte.
De la Cruz en la capilla
Con propiedad se coloca
Un santo que siempre tuvo
Una cruz tan meritoria,
Que unida con la capilla
Estrecha de la reforma
Del penitente Francisco,
Le acarreo tanta gloria.

Confesion ingenua de una joven.

A un viejo quiero y á un mozo,
Aunque por distinta ley;
Pues al mozo es por su cara,
Y al viejo por la del rey.

Respondiendo á una impugnación.

Tus desatinos leí,
Que me hicieron mucha gracia;
Y aunque pides la respuesta,
Acaso tardaré en darla;
Mas con todo te prometo
Que con zumba y con cachaza,
Cuando acabe de reír,
Te responderé sin falta.

A cierto caballero que estaba muy enamorado de la hija de un ciego.

La desgracia de ese ciego
Para tí fortuna fuera;
Que así, no viendo en su hija
Tan extremada belleza,
No te verías ahora
Mucho más ciego por ella.

Habiendo encontrado el autor á un lechero y un aguador que iban juntos, diciendo el primero: leche, leche, y el segundo: agua, agua, dijo:

Leche y agua van diciendo;
Y yo creo que dirán,
El lechero una mentira,
Y el aguador la verdad.

De otro modo.

Leche y agua dicen juntos,
Y juntas ellas irán;
Por lo cual entre los dos
Dirán sólo una verdad.

Respuesta que dió el autor, siendo estudiante, á un condiscípulo suyo, que le impugnó disparatadamente.

Con enojo literario
Quise responder á un bestia,
Tan pesado como necio;
Y por hablarle en su lengua,
Probé á rebuznar; no supe,
Y le dejé sin respuesta.

En elogio de un célebre escultor con el motivo de haber hecho una bella estatua de San Miguel.

Tu san Miguel está hecho
Con tal destreza y tal gracia,
Que confesará cualquiera,
Al mirar la bella estatua,
Que en materia de escultura
Sabes más que su peana.

Gajas de los vicios.

Una vida disipada,
Sensil y sin virtud,
Acarrea desgraciada
Pobreza, poca salud
Y vejez anticipada.

Habiendo escrito al autor un amigo suyo, poeta, los días de San Francisco de Asís por equivocacion, siendo Francisco de Sales, le respondió:

Francisco de Sales soy;
Pero creo que acertastes
Hoy en escribir los días,
Pues contemplando por partes,
Francisco se encuentra en mí,
Y Sales en tu romance.

Habiéndole preguntado al autor un amigo suyo en qué fundaba su felicidad temporal, le respondió:

Las dos columnas que afirman
Toda mi felicidad
Para mi paz interior,
Son no temer ni esperar;
Per no esperar no pretendo,
Por no temer no hago mal;
Mucha quietud te prometo,
Si me quieres imitar.

A la nueva estatua de san José Calasanz en la Escuela Pia de la calle de Hortaleza.

En actitud natural,
Con el dedo señalando
Al niño que está á sus piés,
Fijos y abiertos los labios,
Con dos distintos respetos
Parece que está enseñando:
Como Calasanz los niños,
Como estatua, estatuarios.

Habiendo leído el autor algunas fábulas de su amigo don Ramon de Pison.

Son tus fábulas, Pison,
Por su constante verdad,
Ejemplo y moralidad,
Fábulas que no lo son.

Habiéndole preguntado al autor cuáles eran las cuatro urgencias más inevitables del hombre, respondió:

Las cuatro más necesarias
Urgencias del hombre son,
A mi corto parecer,
Hambre, sed, sueño y amor.

A un hijo de Madrid muy pesado, muy sordo y muy necio.

Musas, á todos decid,
Y decido con empeño,
Que éste, en vez de madrileño,
Es un leño de Madrid.

Dando la enhorabuena al célebre poeta Forner por su nuevo destino de Fiscal.

De Fiscal la enhorabuena
Os doy con gusto cabal,
Y también por complaceros,
Por si pueden evitar
Mis poéticos delitos
El teneros por fiscal.

A un amigo con fama de rico, que se quejaba de que le habían robado.

El robo de que te quejas
No te hubiera sucedido

Si ántes te hubieran robado
La fama de ser tan rico.

Asistiendo el autor á las honras de un caballero, en cuyo túmulo habían puesto, contra las órdenes del ordinario, un gran número de hachas, ambleos, velas y morteretes, dijo:

A tan honrado difunto
La ganancia no le arriendo,
Si él está entre tantas llamas
Como las que aquí le han puesto.

Habiendo encargado al autor que llamase vieja á una señora que negaba serlo, y acababa de cantar un juguete muy antiguo, dijo:

Aunque es antiguo el juguete,
Sabemos todos que es,
En la dama que le canta,
Más antiguo el cantar bien.

Oyendo tocar á un mal organista, llamado don Longinos, en un órgano que tenía el teclado en el costado derecho, como el de las Salesas de Madrid, dijo:

Herido por el costado,
Se queja el órgano á gritos
Del gran daño que le hace
El organista Longinos.

Respuesta que dió el autor á uno que en una disputa le llamó loco.

Para prueba de que creas
Que no estoy loco, te basta
Ver que yo no te respondo
Del modo que tú me hablas.

A una señorita de corta edad que tocaba bien varios instrumentos.

En oro se convertía
Cuanto el gran Midas tocaba,
Y cuanto toca esta niña
Todo se convierte en gracia.

A los reyes, nuestros señores, con motivo de haberse detenido para una batida de lobos en la villa de Jaraicejo, patria del autor.

Los reyes, por nuestra dicha,
En Jaraicejo pararon,
A dar la muerte á las fieras,
Y la vida á sus vasallos.

Con el motivo de caer en un mismo día san Fermín y el beato Lorenzo de Brindis, dijo el autor á los navarros:

Brindis y Fermín se juntan;
Sin duda será la causa
El que San Fermín sin brindis
No puede haber en Navarra.

A uno que siempre quería comprar barato.

Al económico avaro,
Que comprar barato intenta,
Jamás le sale la cuenta,
Porque lo barato es caro.

A cierto predicador que dijo un sermón traducido del francés al pie de la letra, y cuya limosna le valió siete duros.

Como el sermón fué francés,
La limosna yo no dudo
Que debió ser siete luises
En lugar de siete duros.

A una señora recién casada con el motivo de llevarla á recreacion á la villa de Cabeza del Buey.

¡Con qué conciencia ni ley
A una señorita honrada
La llevan, siendo casada,
Hasta Cabeza del Buey.

Habiendo visto el autor á un mono muy feo que rifaban, entre otras cosas, para una fiesta de san Antonio Abad, dijo:

Con un mono que da espanto,
He llegado á discurrir
Que aquí quieren repetir
Las tentaciones del Santo.

Con motivo de la mucha gente que acudió á la comedia del *Diablo predicador*.

Si se debe graduar
Por la gente que aquí viene,
Es preciso confesar
Que muchos amigos tiene
El diablo en este lugar.

Con motivo de llamarse Gil el que hacía el papel de diablo.

Gil predica la limosna,
Y al ver que recoge tanta
Haciendo el papel de diablo,
Dice la gente admirada:
¡Habrás demonio de Gil,
Y la limosna que saca!

A Miguel Garrido, que hacía el papel de fray Antolin.

Fray Antolin predicando,
Con su gracia tan notoria,
Mucho más que con el texto,
Hizo reir con sus glosas.

Habiéndole contado al autor que fray Antolin había hecho reir á la gente en la comedia del *Diablo predicador*, y el loco de la comedia del *Delirio* había hecho llorar á todos, dijo:

Sin echarse á delirar,
¡Quién pudiera discurrir
Que con gracia singular
Un loco hiciera llorar,
Y un fraile hiciera reir?

A Bernardo Gil haciendo el papel de loco en la comedia del *Delirio*.

Gil hace el papel de loco
Con tal propiedad y acierto,
Que á él y á toda la gente
Vi locos á un mismo tiempo:
A Gil loco de dolor,
Y á la gente, de contento.

Respuesta que dió el autor á uno que decía que aunque las comedias de magia tenían buenas entradas, era un disparate representarias.

Si es disparate, yo infiero
Que en los cómicos sería
Más disparate en el día
No querer ganar dinero.

A un viejo que quería mucho á una señora llamada doña Juana.

Al mirar de doña Juana
La hermosura y el despejo,
Está en riesgo todo viejo
De ser viejo de Susana.

En elogio de don Melchor Ronzi, célebre profesor de violin.

Orfeo y Ronzi se hallaron
Para tocar un concierto
En el famoso teatro
De Júpiter y de Vénus;
Y despues de cotejar
Sus sonoros instrumentos,
Troquemos, Orfeo dijo,
Y Ronzi dijo: No quiero
Hacer semejante trueque;
Pues tú ganas y yo pierdo.

Habiendo visto el autor un volante de librea que llevaba en la gorra un gran plumaje.

Ninguno como el *Volante*
Debe con más propiedad
Llevar las plumas, pues ellas
Nacieron para volar.

A las cuatro estaciones del año, puestas en la fuente de Apolo, enpezadas y concluidas por el difunto Álvarez.

Álvarez, tus estaciones
Nos presentan sus efectos
En tan bellas actitudes
Y modo tan verdadero,
Que con toda propiedad
Me parece que estoy viendo
En primavera y verano
El otoño y el invierno,
Flores, espigas y frutas,
Nieves, escarchas ó hielos.

A don Juan Adan, con el motivo de las bellas obras que tiene prevenidas para el Real sitio de Aranjuez.

Si de Álvarez y Vergaz,
Por su mérito profundo,
Debo hacer justos elogios,
Para ser en todo justo,
¡Qué no deberé decir
Del primer hombre del mundo?

Preguntándole al autor qué juicio hacía del gentío que concurre á pasearse al Prado, respondió:

En la baraja del Prado
Hay muchos bastos y copas,
Pocos oros, muchos ases,
Malillas siempre de sobra,
Y con los inmensos coches,
Arrastres á todas horas,
Algun caballo de espadas,
Ningun rey, y muchas sotas.

Al abuso de las patillas inventadas en Francia para hacer las caras más feas, y adoptadas en España por imitacion.

Entre las varias patillas
Con que el vulgacho ha querido
Desfigurar sus semblantes
Por un extraño capricho,
Hay algunas tan crecidas,
Que cubriendo los carrillos,
Forman tal grupo de barbas,
Que parecen capuchinos.
Hay otras largas y angostas
Como colas de borricos,
Y otras tan extravagantes
Entre los hombres más finos,
Que en la figura de sables
Forman tan extraño giro,
En dos bien acicalados
Semicírculos torcidos,
Que hacen que todos sus dueños,
Como se ve en los escritos,
Entre paréntesis lleven
La cara á renglón seguido.

A un caballo de posta muy fiaco.

Este caballo de posta,
Enfermo, débil y enjuto,
Con propiedad va corriendo
Por la posta al otro mundo.

En elogio de Isidoro Miquez, actor en la tragedia de *Los Hijos de Edipo*.

En el trágico carácter
Sobresales de manera,
Que aunque es tragedia muy grande
La que diestro representas,

Para el teatro tu falta
Sería mayor tragedia.

A una hermosa dama que en una visita se cubría la cara con el abanico.

Con el abanico cubres
El rostro; que es necesario
Para que no abraze el sol,
Que se interponga un nublado.

A la subida del pan que hicieron los tahoneros en tiempo de una lluvia muy favorable.

Veo con admiracion
Que el pan, por mucho que llueva,
Se pone sobre las nubes
Cuando el agua baja de ellas.

A un cocinero que se había separado de su mujer.

Mal á su mujer quería
Un cocinero afeitado,
Y acaso consistiría
En que él guisados hacia,
Y ella algun desaguinado.

Habiendo visto en el Prado á un presidiario castigado por haber hurtado bellotas en el Prado.

Al que por bellotas sufre
Una pena tan gravosa,
Bien se le puede llamar
Un animal de bellota.

A la muerte del autor, para cuando llegue el caso.

Mi epigramático genio
Pide á Dios con eficacia
Que cuando llegue la hora,
Sea en su divina gracia,

Mi muerte tan breve y buena
Como el mejor epigrama.

Para pedir á Dios el agua por intercesion de san Isidro y de su esposa santa María de la Cabeza.

SONETO (1).

Glorioso labrador justificado,
Que con tu santa venerada esposa,
Desde la humilde esteva venturosa
Hasta el cetro inmortal fuiste elevado.

Tú, que tras del impulso del arado,
Fecundaste con mano generosa
La porcion más amena y espaciosa
Del carpetano suelo afortunado;
Pues veis nuestra aficcion y desconsuelo
En la gran sequedad que el campo encierra,
Y la abominacion que el hombre fragua,
Alcancen vuestros méritos del cielo,
Y reguemos con lágrimas la tierra,
Para que Dios la riegue con el agua.

Por accion de gracias por haber llovido.

Eficaz protector, Isidro santo,
Compañera feliz, María bella,
Ya vencisteis la infausta y dura estrella
Que influia cruel nuestro quebranto.

Gracias os da Madrid por favor tanto,
Pues ya el agua templó nuestra querella,
Cuyo insigne favor de nuevo sella
La dicha que en vos halla nuestro llanto.

En nuestros pechos hoy se verifique,
Por la gran confianza que en vos tienen,
De este nuevo favor para memoria,
Que al paso que la tierra fructifique,

Hagan tan dignos frutos, que nos llenen
De abundancia inmortal y eterna gloria.

(1) Hemos hallado, manuscritos, este soneto y el siguiente entre los papeles de Jovellanos. (Nota del Colector.)

DON VICENTE RODRIGUEZ DE ARELLANO.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Poeta cómico y lírico de fines del siglo pasado, muy popular, aunque de escaso mérito. Son lindas las décimas que escribió con el título *Memorial en estilo burlesco*. Su comedia *El Pintor fingido* es agradable.

RAMON DE MESONERO ROMANOS.

En 1789 imprimió en Pamplona un canto épico en octavas, titulado *Extremos de lealtad y valor heroico navarro*. Coscuella, en folio. RODRIGUEZ DE ARELLANO era natural de Navarra: lo dice él mismo en este poema.

Publicó en 1806 sus *Poesías varias* (imprensa de Repullés, un tomo en 42.º). Las dedicó á la Marquesa de Santa Cruz, con quien le unian vínculos de agradecimiento. No incluyó en la coleccion de sus poesías una silva lánguida é interminable (31 páginas en 4.º), que, en 1789, publicó en Pamplona con este título: *Navarra festiva, en la aclamacion de su católico monarca el señor don Carlos IV*.

Compuso, tradujo y refundió varias obras dramáticas. Veintiseis de ellas han visto la luz pública. Se le atribuye, además, *La Lealtad, ó la Justa Desobediencia*, comedia publicada con el nombre de *Gil Lorena de Arozar*, anagrama imperfecto de RODRIGUEZ ARELLANO.

C.

POESÍAS.

ODA AL ALTÍSIMO.

Pues ves ¡oh musa mia!
El orden admirable de las cosas,
Y cuántas relaciones prodigiosas
Encierra su armonía,
Canta en tono elevado
Al Hacedor de todo lo criado.
A una voz hizo el cielo,
La tierra, el sol, la luna y las estrellas,
Brutos, aves y peces, flores bellas,
Que ornan el verde suelo;
Y por fin hizo al hombre,
Mística copia de su esencia y nombre.
Creador increado,
Fin y principio de cuanto es, ha sido,
Y de cuanto será, reconocido
Se ve, y glorificado
En cuantas criaturas
Pueblan la tierra y las esferas puras.
Por él, en la erizada
Fria estación, los montes eminentes
Se coronan de nieve, que en mil fuentes
Y arroyos desatada
Por el favonio blando,
A los valles descende murmurando.
El hace que la aurora
Al campo vierta animador rocío;
Que espigas dore el abrasado estío,
Y que Pomona y Flora
Canten sus atributos
Con flores bellas y sabrosos frutos.

Desde su rico asiento,
Árbitro de los bienes y los males,
De los rápidos orbes celestiales
Regula el movimiento;
Y con frágil arena
Del Ponto airado la soberbia enfrena.
De sus manos sagradas
Tiene en la diestra la clemente oliva,
Y en la siniestra el rayo, que derriba
Las torres elevadas
Y alcázares costosos,
Que erigen los mortales orgullosos.
Magnífico, insondable,
Todo es fecundidad, todo clemencia,
Todo justicia, todo providencia,
Y en todo es inefable;
Pues su sér excelente
Cabe en sí mismo, y no en la humana mente.

De bienaventurados
Espíritus inmensa muchedumbre
Rodea el trono de su excelsa lumbre;
Y en su amor abrasados,
Con admirable canto
Le apellidan, ¡oh Santo, Santo, Santo!
¡Quién de tu fortaleza.
De tu bondad y ciencia dignamente
Podrá cantar, Señor omnipotente?
Nadie; que en la grandeza
De tu insondable abismo,
Eres tú solo lengua de tí mismo.

EPIGRAMAS.

I.
A la mi dulce señora,
A la que entre todas bella,
Es de mis dichas estrella,

Y á todo el mundo enamora;
A la que me vuelve loco
Y me aprisiona en sus redes,
¿No la conocen ustedes?
— No señor.— Pues yo tampoco.

II.

Doce calvos casualmente
Se juntaron cierto dia,
A oír un fraile que tenía
Don y fama de elocuente;
Pero él antes de empezar
Los miró, y torciénd el gesto,
Dijo: Señores, ¿qué es esto?
¿Es iglesia ó melonar?

II.

De un clavel en la frescura,
Que besar Fili solía,
Se escondió Cupido un dia,
Por sorprender su hermosura;
De tiempo á distancia poca
Fili el beso satisfizo;
Salió Cupido, ¡y qué hizo?
Quedar cautivo en su boca.

IV.

De parto estaba, y penoso,
La pobre mujer de Lucas;
Ponia el grito en los cielos,
Sordos á sus quejas muchas;
Lucas tambien se quejaba
De verla en tanta apretura;
Y ella, para consolarle,
Le dijo: No me consumas;
No llores por mis dolores,
Que tú no tienes la culpa.

CUENTOS.

I.

De un rico dorado coche
Tiraban cuatro muletas,
Muy jóvenes, muy briosas,
Y de condicion revuelta;
Pararon junto á una casa,
A tiempo que por la acera
Pasaba un fraile muy gordo;
Y deteniéndose á verlas,
Receloso de algun cosque,
Iba ya á dar media vuelta,
Cuando el cochero le dijo:
Bien puede su reverencia
Pasar, porque son seguras;
Y el fraile, con mucha fiema,
Repuso: ¿Qué son seguras,
Las coces ó las muletas?

II.

Una misma habitacion
Ocupaban dos hermanos